

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

DEFINICIONES

Los contaminados, los mentecatos,
la irresponsabilidad criolla y el valor...

¿QUIEN o quienes? Nadie... absolutamente nadie. En realidad de verdad, el espíritu reptante, que determinó el período extenso de la dictadura en nuestro país de «tanta arrogancia cívica» (sic) conviene hoy en adulterar las responsabilidades, hasta el extremo de convertir a los contaminados de la hora pasada en héroes o *visionarios mutilados* de este futuro precipitado, oleoso y con algo de sentimentalidad indígena.

Por algo prima en la médula racial, el estatismo, la indiferencia, la comodidad negligente y la amnesia, como que todos nuestros problemas se radican en la función digestiva y la nobleza de las preocupaciones sólo tiene el vicio congénito a esa repugnante materialización. Por algo se dice: «revoluciones intestinas»...

No hay una idealidad en nuestra pequeña preocupación doméstica. ¿Qué contaminación puede sentir el individuo emporcado hasta las pestañas en la bazofia, si jamás sintió el claro anhelo de una responsabilidad determinativa?

El medio criollo, mentecatez y audacia inverosímiles, basta para nivelar los valores y desbarajustar los principios, porque cuando la beodez de una raza coopera al delirio insensato, los valores caducan y los principios se anquilosan.

Ahora, que se ha consumado la decadencia de un régimen, por descomposición orgánica, el academismo de algunos mentores improvisados, proclama la nueva estrategia.

Se habla de los contaminados, de los usufructuadores, de las servidumbres vilísimas y se calcula con matemática de abasteros, el margen de utilidades que cada cual descontó a las privanzas cesáreas.

Se habla de los mentecatos, de aquellos funcionarios descasados y prevaricadores, que trocaron la toga por la zarandaja de carnestolendas. Se habla de los pervertidos, de los lucrantes de encrucijadas, de los traidores rentados, de las víboras silbantes y soplonas. Pero, de aquella responsabilidad, que pudiera ser el hueso de la almendra, el meollo social, no se habla jamás.

Porque la responsabilidad es un exotismo, antípoda de nuestro camaleonismo.

Esta es la lección más agria, que heredamos del desenfadado militarismo de siete años, que vino a consumir una lesión mortal en las raíces mismas de nuestro acervo ciudadano.

El vértigo atractivo y atrayente de esa facilidad de vivir apegados a la ubre fiscal, violentó toda posibilidad de digno raciocinio y contaminó al 99% del país, con un alimento que era un estimulante de servidumbre (la coima), y no de virilidad (el beneficio del trabajo noble).

Las vías empedradas de deudas, rutas de miseria, los edificios estucados de déficits, los armamentos derrochados para establecer la paz social por la fuerza; y no por inducciones de confianza y probidad; los barcos de guerra tan poderosos como inútiles para la marina mercante; la infinita lombriz de la burocracia bañada en piscinas pompeyanas, toda la vida administrativa y financiera del país, fué una contaminación permanente, una claudicación horrorosa, tan inútil como extemporánea, tan indigna como inhábil.

Se vendió nuestra primogenitura, el salitre y la luz, por un plato de doradas lentejas...

Pero, el 99% ciudadano se enlodó en el derrumbe del alud avasallador y los que hicieron un gesto de repugnancia, faltan para contados con los dedos de la mano...

Es el indio latente, inamovible, básico.

Bastaría recorrer la frontera del país y sin mucha percepción psicológica, buscar entre los mapuches la razón total de nuestra idiosincrasia.

Despojados, perseguidos, bestializados con el trueque de alcohol, cada indio miserable, hijo de ulmenes poderosos, es un reflejo fidelísimo del criollo ciudadano ribeteado con civilización. Allá los tenéis para espejo de virtudes y taras... La rebeldía animal se ha dormido entre sus quiscas, sus mantas pringosas y el cono pardusco de sus ranchones de quila y totora. El chamal que estruja las caderas madres, es una bandera derrotada, pisoteada en los malones de la fermentada civilización conquistadora. Y allá se queda el indio, con una pasividad de árbol, de monigote de greda cocida, como si el alma fuerte y

engreída de la raza ponderada por Ercilla, se hubiera «correteado» sola en un machitún de sombras... Circunscritos a unos cuantos tableros de labrantío, ahogados por el colono rapaz, ellos van estrujándose junto a los terrones, como si la antigua posesión de los horizontes hubiese terminado con el fracaso de su virilidad.

Ulula el puelche bravo y chicoteador, graniza, llueve y truena, y el indio, aquel cacique de cuatro hembras y mil hectáreas robadas a su fe pasiva, dobla su cabezota ausente en el horcón de los hombros y se deja morir.....

Esta filosofía de la impotencia, se ha inyectado en nuestra sangre como una espiroqueta.

El indio se acercó en la ciudad.

Su desesperanza, su fatalismo irremediable, fué el cordial tónico para recibir el despiadado machetazo de esa pena.

Hemos repetido la hazaña mental, frente a los despojos y la villanía enseñoreada en nuestros derechos.

El despojo de la ciudadanía tiene su síntesis, pues, en el despojo de la heredad indígena, y, como vivimos de calcomanía y soportamos la importación de la dictadura, también debíamos buscar con espíritu retrógrado la conformidad, en un ejemplo tan cercano como el que nos ofrecían nuestros aborígenes.

Aquel cacique estilizado con escoplo macho por Nicanor Plaza, de líneas enteras y musculosas, es un contrasímbolo mentiroso y demasiado halagüeño para todas nuestras claudicaciones, porque el lozano mozo de la conquista es hoy un ciudadano abyecto, cobarde, depravado, de psiquis y fuerzas precarias.

El criterio simplista dicta una confirmación a la regla.

Nadie, dicen los niveladores profesionales «pudo evadir la contaminación de la dictadura por falta de experiencia política».

Es una razón formidable para el descargo de las conciencias mal conceptuadas y, como es absurdo tirar piedras en un país techado con cristales, todos se guardan la controversia, para la futura dictadura, cuando ya existe una experiencia de procedimientos o una escuela de altivez o de dignidad.

A nadie podría erigírsele una estatua con la inscripción que

se colocaba a las del padre del Emperador Vespasiano: «Al financiero incorruptible»...

Todos robamos, arguyen los niveladores profesionales, porque usamos los caminos, los edificios, las piscinas y toda esa riqueza postiza que se ufano por dispensar la dictadura...

¿Acaso, no se agitan las fibras del hondo patriotismo, cuando el acorazado *Latorre* se encabrita como un potro de tajante proa?

Y, como por ahí se cuelan muchos beneficiados por el diluvio dictatorial, cuando alguien dice «LADRÓN» con mayúscula de verdad, los Catoncitos se evaden por la tangente de un chisme compadreril o por la sextante de un comentario peliculero...

Pero, ¿quiénes son los contaminados o los mentecatos? Nadie...

Aquí en Chile los vientos encontrados de la cordillera y del mar, versatilizan las conciencias...

El inefable indio de nuestra filosofía perforó la costra de nuestra fementida culturita impúber y mequetrefe...

Para cada acto punible hay una justificación.

El sentido varonil de la responsabilidad no existe.

Cuando se alce una voz que reconozca la implicancia, la colaboración errada en favor de la dictadura, ganaremos en estatura moral, porque se habrá empezado a determinar la responsabilidad.

Pero, una irremediable corbardía, proclama el ausentismo de ese valor, que habría podido aminorar las sanciones que se merece una causa perdida por la falta del alegato viril.

Falta el hombre de Diógenes...

El ciudadano que hubiese demostrado públicamente su equivocación o deplorado su función dentro del régimen funesto, habría sido un ejemplo de responsabilidad.

Desgraciadamente todos han buscado el subterfugio leguleyo, el amparo de la huída, la justificación hipócrita o el descargo infantil.

La perfecta arrancada del gallo bruto...

Las clámides de vestales se han cotizado a precios despreciables. Esta falta de educación, de sentido del honor, de principios morales, es un mal general, que pudre y derrumba la envergadura y la prosapia de otros merecimientos cívicos, de los cuales se hace gala en forma inusitada, pero inaplicables para la acción presente.

Los acusados por la opinión pública se han tornado en calum-

niados y perseguidos. Los términos probatorios de cada bellacada se fueron en la trotona mulita de nuestra indiferencia panzona.

Los castigos corporales han cicatrizado y la bondadosa alma nacional, puso óleo de olvido y suave lápida de mármol de Cambridge a los crímenes y latrocinios.

La acepción lexicográfica de «responsabilidad» tiene la elasticidad maravillosa, acomodaticia, para dar inmunidad y pureza a todos los que califica con el índice del oprobio y de la mengua moral. Si a todos los penados por las leyes chilenas, se les juzgara con el sentido exacto de «nuestra responsabilidad», el Gobierno debía abrir las cárceles y los presidios.

Basta responsabilizar a un individuo para que el quidam se levante ungido con la cristalina limpieza del martirologio.

Por eso el país se ha desmembrado de cuajo y la posteridad tendrá que responsabilizar al núcleo social, ya que precisar a un culpable, sería contravenir arbitrariamente los principios netos de nuestra irresponsabilidad.

Ni contaminados, ni mentecatos, ni responsables.

Con cuánta razón, un médico extranjero, decía refiriéndose a nuestro valor:

—Uds., los chilenos tienen un coraje titánico, prehistórico... Cuando discuten sobre política, se gritan en forma iracunda y no hay oprobio ni término soez que no barajen... Se salivan el rostro de dicterios, pero jamás llegan a violentarse en forma física... En cambio nosotros los tropicales, apenas nos enfrentamos con un enemigo, transigimos sólo a balazos... Yo creo, terminaba el médico analista, que ésta serenidad, este equilibrio social, lo proporciona sólo el valor, el coraje y el pulso viril... Mire Ud., que hay que tener valor, para insultarse villanamente, sin recurrir a la fuerza del castigo material....

Jamás he oído una ironía más punzante, un sarcasmo más definitivo sobre nuestra pobreza de valor.

Y así, como nos ven los extranjeros, debiéramos estudiarnos retrospectivamente, olvidando aquellos heroísmos fementidos, que sólo han contribuido a miserabilizar nuestra entereza viril, porque hemos tomado de ellos sólo la forma especulativa y espectacular y no el sentido filosófico.— GERMÁN LUCO.